

V.

El sitio elegido por Clairvaux para su cita con Luisa era una especie de kiosco situado en uno de los extremos del jardín, á alguna distancia de la casa. Podía llegarse á él sin pasar por la puerta de la verja de la entrada principal, gracias á una puertecita que generalmente se olvidaban de cerrar. Durante el estío, Luisa iba á menudo, buscando la frescura, á descansar allí. Si Armando la hubiera citado para otra parte, de seguro que no hubiera accedido á su petición; pero ir á aquel kiosco no era para ella acudir á una cita; era hacer lo que había hecho el día anterior, lo que haría el siguiente.

El señor Dubreuil, que se había vuelto á París después de haber dejado á Luisa en la casa de campo, no debía volver hasta bastante



tarde. Luisa se persuadió de que tenía necesidad de pasearse, y con este objeto, el único que ella se aventuraba á confesarse, se dirigió al pabellón por una avenida de tilos, á cuyo extremo se encontraba. Serían las ocho cuando llegó á él. Como la cita no era hasta las nueve, pensaba la joven que tenía suficiente tiempo para descansar y partir antes de la llegada de Armando.

Ya allí, comentó largamente la carta de Clairvaux; después se sumergió en profundos recuerdos, que le sugerían el silencio que la rodeaba, la noche que iba cubriendo la tierra de tinieblas, y los penetrantes olores de las flores. Vefía á Armando á sus pies, que la contemplaba con arrobamiento y la hablaba muy bajo, olvidándose, en medio de aquellas ilusiones, de que si tardaba en abandonar el pabellón, sus ensueños llegarían á ser realidades. Al poco tiempo el sueño la invadió y aunque trató de alejarle, no tuvo fuerzas para ello y se quedó dormida.

Algunos momentos después, un carruaje se detenía delante de las primeras casas de *Villed'Avray*. Armando descendió de él, y después de haber dicho al cochero que le esperase, tomó un camino que, rodeando el jardín del señor Dubreuil, conducía á la puertecilla próxima al kiosco. Clairvaux marchaba recto, sin vacilación; pero al ver la animación de su rostro, el brillo

de sus ojos y su agitación febril, se comprendía que no tenía toda la sangre fría que en aquella ocasión debía hacerle falta. La borrachera impresionada de distinta manera, según la calidad del vino y el temperamento del bebedor. Ataca á las piernas de aquél y le hace perder el equilibrio; da sueño á este otro, ó bien se dirige á la cabeza é inspira una excitación análoga á la locura: esta última es la más peligrosa de todas, y es la que tenía Armando. Encontró sin gran dificultad la puerta que buscaba, que, como habitualmente, no estaba más que entornada: la abrió, olvidándose de empujarla tras sí, y ganó rápidamente la pequeña distancia que le separaba del pabellón.

Había oscurecido por completo; pero la luna, elevándose, prometía iluminar pronto la tierra con su pálida luz. Armando entró en el jardín, y no vió á nadie: «Luisa no ha llegado todavía» (pensó), y se dejó caer en un sillón. Las sienes le latían violentamente, y su cabeza ardía. De pronto le pareció oír la respiración de una persona dormida. Miró á su alrededor, y vió á la joven recostada en una mecedora. Corrió hacia ella; pero el ruido que produjo la despertó, haciéndola lanzar un grito.

—¿Dónde estoy?... ¿Quién está aquí?... ¡Sois vos!....

Se había levantado, y se dirigía hacia la puer-



ta; pero Armando la detuvo y la arrastró dulcemente hacia el interior del kiosco.

—¡Oh, Luisa! ¿Queréis marcharos? Tengo que hablar con vos, y por eso os he dado esta cita.

—Yo no he venido á ella (respondió la joven vivamente). El sueño se ha apoderado de mí en estesitio; os lo juro, Armando.... Dejadme partir.

—Escúchame, te lo suplico.

Pero el joven no la escuchaba, y se aproximaba más y más á ella.

—¡Oh! (dijo la joven retrocediendo): ¡pobre de mí, que tenía tanta confianza en vos!

El tono dulce y tierno con que pronunció estas palabras enmudeció á Armando; pero al mismo tiempo recordó las bromas que le habían dado sus amigos, y reprochándose su poco atrevimiento, quiso abrazarla.

—¡Dejadme, por Dios!—exclamó Luisa, corriendo hacia la puerta, sin que Armando se atreviera á seguirla.

Pero en el momento de ir á salir tuvo piedad del que amaba, y, volviéndose, se despidió de él con la mano.

—¡Qué cruel sois para mí!—la dijo dulcemente Armando.

—¡Oh! No (respondió, vacilante y conmovida por aquel reproche); pero no puedo permanecer aquí sola con vos á esta hora....; y, además, os portáis muy mal.

—¡Perdóname! ¡Pero estás tan hermosa!

—¿Por qué me habláis así?

—¿Pues qué he dicho?

—Me habéis llamado de tú.

—¡Perdón!

—Estáis perdonado, con tal de que os arrepintáis.

Armando aprovechó aquellos momentos de debilidad, y corriendo hacia Luisa, la cogió de la mano.

—¿Me amáis? (la preguntó con tono suplicante.) Para preguntároslo es para lo que os he rogado que vinierais aquí.... Respondedme.

—Pero....

—Os lo ruego...., os lo suplico.

—No, no quiero responderos.

—¿Por qué?

—Porque me da mucha vergüenza deciros....

—Vamos.... Tened valor.... No os avergoncéis.

—Pero, ¿cómo voy á decir eso?

—Pues de una manera muy sencilla, diciéndome: «¡Sí, yo también te amo!»

—Pues.... os amo,—dijo Luisa tímidamente.

—¿Cómo habéis dicho?... Volved á pronunciar esas palabras. Di «te amo», y no «os amo».

—No....; no me atrevo.... Mi corazón os lo está diciendo....; pero mis labios....

—¿Pero os parece mal decirme eso?



—Pues bien....: te amo....—murmuró Luisa, bajando los ojos.

—Habláis tan bajo y tan dulcemente, que no os he oído. ¡Repetid esas palabras! ¡Os lo suplico!

—Te amo.... ¿Estáis contento? ¡Vaya unas cosas que me habéis hecho decir! ¡Estoy más avergonzada!.... ¡Tengo unas ganas de llorar!

Y, en efecto, sus lindos ojos se habían llenado de lágrimas. ¡Estaba tan hermosa así! ¡Tenía el rostro tan animado por la lucha que se acababa de entablar entre su amor por Armando y la vergüenza de decirle las palabras que le había dicho! Clairvaux oprimía contra sus labios la mano de Luisa que tenía entre las suyas, y estaba tan cerca de ella, que sentía latir su corazón. Mil perfumes llegaban hasta él: perfumes de las flores, perfume de la mujer amada. Todo contribuía á trastornarle, á enloquecerle.

—¡Yo también te amo! (decía á Luisa, que no tenía ni fuerza ni voluntad para desprenderse de sus brazos.) ¡Te amo como un loco, como un insensato! ¡Eres tan hermosa! ¡Hoy en las carreras estabas tan llena de gracia y juventud! ¡Tu vestido te sentaba tan bien! Todo el mundo te miraba; ¿no te apercibiste?

—No (respondió Luisa muy bajito): como estabais cerca de mí....

—¡Oh! ¡Te adoro, ángel de mi alma! No, no

puedo acostumbrarme á la vida que hacemos.... Apenas te veo. Cuando me encuentro á tu lado, estamos siempre delante de gente, y tengo que hablarte de cosas indiferentes.... En cuanto acabo de verte, es necesario que nos separemos ya.... ¿Y no ambiciona más que eso tu amor?

—No; quisiera veros más tiempo....; pero cuando no estáis á mi lado, recuerdo lo que me habéis dicho, lo que habéis hecho en nuestra última visita.... No olvido ni una palabra, ni uno de vuestros gestos, y pensando en ellos, el tiempo se me hace muy corto.

—¿Y te contentas con eso?.... ¿No deseas estar siempre á mi lado?

—Sí; pero tengo paciencia para esperar.

—¡Esperar, siempre esperar! (exclamó.) ¿Para qué, cuando ya podemos no separarnos?

Y al hablar así, atraía aún más hacia él á Luisa, y buscaba con sus labios los de la pobre joven.

—¡Por Dios, Armando, dejadme! ¡Quieroirme ya! ¡Tened compasión de mí!

Y pugnaba por desasirse de sus brazos, al mismo tiempo que su corazón latía violentamente y la sangre, subiéndosela á la cabeza, la hacía experimentar sensaciones hasta entonces desconocidas.

El instinto del pudor, más bien que el sentimiento de un peligro, la dió valor para tratar de hacer el último esfuerzo.



—Os lo repito (exclamó la joven), y esta vez sin que me lo roguéis; os amo; respetad á la que se atreve á decíroslo.... Dejadme partir.... Mi padre debe haber vuelto ya, y tal vez se haya apercibido de mi ausencia y me esté buscando.... Si me encuentra aquí con vos, ¿qué voy á decirle? ¡Qué vergüenza!.... No me escucháis.... Armando, eso no está bien hecho.... ¡Tenía tanta confianza en vuestro honor!

—No digas más; no digas eso....: me haces daño.... Sé que tienes razón; pero no puedo dejarte.... ¡Te amo tanto!

Y sus labios buscaban los de Luisa.

—¡Armando!.... ¡Armando!.... (gritó la joven.) ¡Por favor!.... ¡Socorro!

Sus gritos fueron, sin duda, oídos, porque la puerta del pabellón se abrió repentinamente.

## VI.

Al oír que entraba una persona, Luisa, fatigada ya por tantas emociones, perdió el conocimiento.

En cuanto á Clairvaux, aquel incidente le devolvió su razón; pues en la borrachera, algunos acontecimientos producen el efecto de una ducha de agua helada sobre la cabeza de un loco. El joven comprendió la gravedad de la situación: el señor Dubreuil, pues era él evidentemente, iba á pedirle severa cuenta de su conducta.

La persona que acababa de entrar corrió hacia la joven desvanecida; pero haciendo un violento esfuerzo, se detuvo, y dijo, volviéndose hacia Armando:

—Caballero, salid al instante de este pabellón.



Al oír esta voz, Clairvaux se volvió.

—¡Vos aquí!— exclamó.

—Sí, yo (respondió Lucía Aubré); yo, que os ruego, en interés de esta niña y en el vuestro, que partáis al instante.

Como habrá adivinado el lector, era Leona, que, habiendo oído en la cena del Café Inglés las palabras de Clairvaux referentes á Luisa Dubreuil, había acudido, sin más reflexiones, al socorro de su hija.

Había seguido al coche que tomó Armando, y como conocía perfectamente, desde hacía muchos años, el plano de la casa, no tardó nada en encontrar el kiosco designado para la cita.

En cuanto Clairvaux se apercibió de que, en lugar de ser sorprendido por el señor Dubreuil, como él creía, solo era Lucía Aubré, recobró su sangre fría.

—Por lo menos, señora (dijo), explicadme cómo os encontráis aquí, y qué habéis venido á hacer.

—No puedo daros ninguna explicación en este momento (respondió Leona). Esperadme junto al coche que me ha conducido, y yo iré á buscaros en seguida.... ¿No estáis viendo que esta joven tiene necesidad de socorros?

—Por eso mismo es necesario prestárselos,— dijo Armando, adelantándose hacia Luisa.

—¡No! (exclamó Lucía Aubré, deteniéndole);

os repito que os vayáis.... El señor Dubreuil me seguía, y estará aquí dentro de algunos instantes.... Esta niña está muy comprometida, y si la viera su padre....

Armando pareció ceder sólo á las instancias de Leona; pero en realidad se alegraba de poder salir de tan falsa posición.

—Juradme (dijo, dirigiéndose á la puerta) que iréis á buscarme para darme noticias de la señorita de Dubreuil.

—Os lo prometo.

Apenas se cerró la puerta, Leona corrió á arrodillarse al lado de su hija.

—¡Ya estoy sola contigo! (exclamó.) ¡Por fin puedo estrecharte entre mis brazos!

Pero al verla pálida y sin movimiento, tuvo miedo. Quiso llamar, y no se atrevió: después miró á todos lados, esperando encontrar agua ó alguna cosa que devolviese á la niña el conocimiento. No había nada. Entonces inclinó la cabeza sobre el corazón de su hija, y cuando se aseguró de que no había cesado de latir, cogió sus manos y las estrechó entre las suyas para calentarlas, mirándola con inefable ternura, como si la acariciara con los ojos.

Por fin, no pudiendo resistir al deseo de unir su boca á los labios de su Luisa, la cubrió de besos y la sintió animarse poco á poco, comprendiendo que aquel desvanecimiento, causado



solamente por una emoción demasiado viva, no podía prolongarse.

Un temor de nueva especie, un temor egoísta, la asaltó entonces: aquel papel usurpado iba á cesar apenas recobrase su hija el conocimiento. Tendría que levantarse, y aparecer indiferente y fría como una extraña, delante de su ídolo...., y mientras la prodigaría tiernos cuidados para volverla á la vida, hacía votos interiores para que estos cuidados no diesen resultado demasiado pronto, viniendo á destruir la realidad, aquellas ilusiones de un momento.

—Déjame (murmuraba); déjame verte sin ser vista, hablarte sin que me oigas.... Ya que no tengo el derecho de ser tu madre, ya que he cedido á otra esa dicha, permíteme que se la robe un instante.... Hace muchos, muchos años que no te abrazo, que no te siento junto á mi corazón como ahora.... Desde mi regreso á Francia, solamente te he encontrado alguna vez por casualidad...., y me mirabas con indiferencia, sin sospechar que aquella mujer que pasaba á tu lado se oprimía el corazón con las manos por temor de que la emoción le hiciese estallar cuando tu vestido rozaba con el suyo.... ¡Oh! ¡Cuánto debo adorarte, hija mía, para tener que pasar mi vida separada de ti, y encontrar fuerzas, cuando te veo, para no arrojarme á tus pies, gritando: «Soy tu madre, soy una miserable criatura

sola y abandonada!.... ¡Quiéreme un poco por piedad!»

Después se inclinaba para verla mejor, y aproximando su cara á aquel rostro encantador que comenzaba á colorarse, añadía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa! Jamás he podido compararme contigo.... ¡Cuántas gracias se admiran en todo tu ser! ¡Qué líneas tan delicadas!.... Tus cabellos no han oscurecido nada: son tan rubios como en otro tiempo. ¿Quién no ha de preferir las rubias á las morenas?... ¡Y pensar que soy yo, yo, la que ha dado al mundo esta niña hermosísima!

Luisa hizo un movimiento, y entreabrió los ojos.

Lucía Aubré se levantó en seguida.

—¡Mi dicha ha muerto! (dijo tristemente.) ¡Ya no soy su madre! ¡Qué poco dura la felicidad!

—Armando, Armando (murmuró la joven, como saliendo de un sueño). ¡Por favor, dejadme partir!

Y añadió más distintamente, persistiendo en el error que había causado su desfallecimiento:

—¡Padre mío, perdonadme, perdonadme!.... Me había quedado aquí dormida. No es culpa mía, os lo juro.

En este momento apercibió á Leona.

—¿Dónde estoy? (preguntó.) ¿Qué ha sucedido? ¿Quién sois, señora?



—Una amiga.

—¿Una amiga? No os conozco.... ¿Habéis sido vos la que entrasteis antes?

—Sí.

—Pero ¿y mi padre?

—El señor Dubreuil no ha parecido por aquí.

Al oír esto, Luísa sintió un gran consuelo; pero reflexionó que si su padre no la había sorprendido, una extraña la había visto, y, enrojeciendo, escondió la cabeza entre las manos.

—Ya es tiempo de que entréis en vuestra casa (dijo dulcemente Leona). Apoyaos en mi brazo, y os conduciré.... Estáis muy débil para andar sola.

Luísa obedeció maquinalmente.

La niña no podía aún coordinar bien sus ideas, y trataba de explicarse la presencia de aquella señora que le era desconocida; pero un sentimiento de vergüenza la dominaba, y no se atrevía á interrogarla.

Entonces Lucía Aubré dió las explicaciones que la joven deseaba, sirviéndola esto de medio para romper el hielo y oír la voz de su hija, que le pareció más dulce que nunca.

—Tenía precisión (dijo Leona) de hablar al señor Dubreuil, y no podía esperar á la hora á que se abrirá mañana su despacho. Vine aquí, donde se le encuentra siempre por la noche, y después de haber llamado inútilmente en la ver-

ja, iba á retirarme, cuando un muchacho que pasaba me indicó una puerta que se abre sobre el jardín. Entré, y al percibir este pabellón, penetré en él, y os vi ahí tendida y sin conocimiento.

Luísa no podía darse cuenta exacta de lo que había pasado; así es que creyó la mentira que un sentimiento de delicadeza había inspirado á su madre, y se hizo menos reservada.

—Os estoy muy agradecida, señora (la dijo), por los cuidados que me habéis prodigado; pero siento haber causado molestias á una persona....

—Extraña: acabad, señorita.

—¡Oh, no, señora! Yo no iba á llamar así á quien me había socorrido...., y, además, ¿no me habéis dicho que eráis una amiga?

La conversación tomaba un curso embarazoso, y, sin embargo, sea que Lucía Aubré no comprendiese el peligro, sea que no pudiese resistir al deseo de abordar un asunto delicado y lleno de seducciones para ella, respondió á Luísa:

—En efecto, señorita: no debo seros enteramente extraña, porque he querido mucho á la señora de Dubreuil.

—¿Habéis conocido á mi madre? Tenéis razón, señora; entonces sois una amiga, una amiga querida.

La palabra madre, unida en la boca de su hija al nombre de la señora de Dubreuil, hizo experimentar á Leona una dolorosa sensación; y



como no ignoraba que la joven conocía en parte el secreto de su nacimiento, se atrevió á decir:

—Os equivocáis; no he sido amiga de la señora de Dubreuil.

—¿De quién entonces?—preguntó la joven con inquietud.

—Pero yo creí... que sabíais...—balbuceó Lucía Aubré.

—Habéis sido amiga de...

—Sí...

—¿De mi otra madre?

—De vuestra sola madre, hija mía; no hay más que una, y esa no se puede sustituir.

—Generalmente, así sucede (dijo la joven con tristeza); pero yo, ya lo sabréis, señora, puesto que mi secreto parece seros conocido; yo he sido desde muy niña confiada á los cuidados de otra persona, y he tenido una segunda familia.

—¿Y no os han dicho que si vuestra madre se separó de vos, fué sólo por vuestro bien?

—Sí, y no la acuso... Sin embargo, siempre he creído que hubiera hecho mejor en no dejarme... El lugar de una hija, suceda lo que quiera, debe ser siempre al lado de su madre.

—¿Acaso no habéis sido feliz?

—Sí, señora...; pero (añadió, vacilando) ha faltado algo á mi felicidad.

—¿Qué os ha faltado, hija mía?

—Esa afección de que he visto rodeadas á otras..., ese amor inmenso y sin límites, como el infinito..., el amor de una madre... Me parece que esa palabra lo dice todo.

—¡Pobre niña!—dijo Lucía Aubré.

—Pero (dijo Luísa) no he perdido la esperanza de conocerla. Nunca se han tenido pruebas ciertas de su muerte, y quizá vuelva algún día de los países lejanos donde fué á reunirse con mi padre... ¿No os parece así, señora?

—Creo que no la volveréis á ver,—tuvo valor de murmurar Leona.

—¡Ay, es muy probable!... ¡Solo la muerte ha podido obligarla á abandonarme tanto tiempo!

Todas estas frases venían á herir cruelmente el corazón de la desgraciada mujer. Sin embargo, la infeliz se complacía en aquel martirio, y temía que cesase al apercibir ya la casa donde debía dejar á su hija, por lo que inventaba mil pretextos para detenerse en el camino.

—Puesto que sois amiga de mi madre (dijo Luísa, después de un instante de silencio), decidme, señora: ¿cómo era?

—¿No os acordáis ni remotamente de ella?

—No; nunca he podido recordar mis primeros años. Solamente un día, que íbamos á *Mar-nes*, me detuve delante de una casa que creí reconocer; pero el señor Dubreuil me aseguró



que la vela por primera vez. De modo que me demostró que mi primero y único recuerdo me había engañado; y si os he rogado que me digáis cómo era mi madre, es porque desconfío de mi memoria, y quisiera saber si el retrato que yo me he hecho de ella se le parecía.

—Decidme cómo es ese retrato.

—Se me representa un poco más alta que yo. Su aire es tranquilo y digno, y es sencilla y elegante á la vez. Tiene unos grandes ojos azules, llenos de ternura, y su boca me sonríe con cariño: en fin, hay un no sé qué de pureza y de castidad que se desprende de toda su persona.... Mirad: ¿sabéis á quién se parece? Pues se parece á un hermoso retrato de la Virgen pintado por Murillo, cuya copia tenemos en el salón.... Decid, señora, ¿era así mi madre en efecto?

—Tampoco yo me acuerdo bien de vuestra madre.... ¡Hacé tanto tiempo que no la he visto!.... Pero lo que puedo asegurar es que os amaba hasta la adoración.

—¡Pobre madre!.... ¡Oh! También me he hecho su retrato moral: debía ser caritativa é indulgente para todos y severa para ella misma; inspirar respeto y respetar todo lo bueno y honrado; amar á Dios, á los pobres, y cumplir santamente todos sus deberes.

—Mi hija me condena, creyéndome tan pura (pensó Leona con dolor). ¡No debe conocerme

jamás! ¡Me ha colocado tan alta, que su corazón se desgarraría al verme tan baja!

Leona temió ser imprudente si iba más lejos; pero quiso, antes de dejar á su hija, darle algunos consejos indirectos, que pudieran servirle de regla de conducta para la continuación de sus relaciones con Armando.

—No puedo garantizaros (la dijo) el parecido de vuestro retrato; pero sea exacto ó no lo sea enteramente, que vuestra madre haya muerto ó viva todavía, vela por vos, no lo dudéis, desde el cielo ó desde el rincón de la tierra donde el destino la ha colocado.... En el curso de vuestra vida, antes de tomar una determinación, consultadla con el pensamiento, y estoy segura de que os oirá y os enviará buenas inspiraciones. Estáis en la edad en que el corazón se abre á las afeciones tiernas, sois bonita, sois buena, y habrá de fijo quien os ame; pero tened cuidado no tratéis de arrastraros por algún camino imprudente. Los jóvenes del día son frívolos y ligeros, muchas veces vanidosos; pierden la cabeza, y quieren hacérsela perder á los demás. Indulgentes para ellos mismos, son, no obstante, muy severos con las faltas que cometen las mujeres; aun con aquellas que cometen en provecho suyo. No os dejéis arrastrar fácilmente por los impulsos de vuestro corazón tan puro, que no conoce el mal y cree sólo en el bien.... De esta



manera os hubiera hablado vuestra madre, señorita.

Luísa escuchaba extasiada aquella voz tan cariñosa que la hablaba de su madre. Comprendía que aquellos consejos tenían un fin, en el que Armando debía estar mezclado: la desconocida había sorprendido en el pabellón algo más de lo que había dicho, y tenía que agradecerla el fingimiento que había demostrado para no avergonzarla.

Luísa iba á rogar á su madre que la dijese su nombre, á decirle que no quería verla por última vez, y dirigirla algunas preguntas, cuando la campanilla de la puerta de entrada se hizo oír anunciando el regreso del señor Dubreuil.

Entonces la joven temió ser sorprendida tan tarde en el jardín, y quiso entrar en la casa antes que su padre.

—Adiós, señora (dijo á Lucía Aubré); perdonad que os deje tan bruscamente; pero mi padre me reñiría si me encontrase aquí.... Os volveré á ver, ¿no es cierto?, y me hablaréis mucho de mi madre, ya que habéis sido su amiga.... Nuestro encuentro de esta noche (añadió enrojeciendo) ha sido un poco.... misterioso, y no puedo hablar á mi padre de él sin confesar en qué circunstancias ha tenido lugar...., y el secreto no es sólo mío.... Obligada á ocultar que os conozco, no podré hacer nada por veros....; pero vos, si es que os ins-

piro algún interés, podréis buscar medio de venir. Nada más fácil, puesto que tenéis negocios con mi padre. Haced que vuestras relaciones se hagan más íntimas, y os lo agradeceré eternamente.

—¿Me permitís que os abrace, señorita?—preguntó Lucía Aubré, temblando de emoción.

—Con mucho gusto,—dijo Luísa.

Y adelantó el rostro hacia el de su madre. Después corrió á la casa, donde Lucía Aubré, que la seguía con la vista, la vió entrar.

Entonces Leona emprendió sola el camino que había recorrido con su hija. Lloraba. ¿Era de alegría por haberla visto, ó de pena por haberla dejado tan pronto?

Cuando hubo franqueado la puerta del jardín y se encontró fuera, murmuró:

—¡Oh! Ahora que sé lo que vale tan encantadora criatura, ¿tendré fuerza para vivir lejos de ella?